

GALLEGO, JUAN NICASIO (1777-1853)

EPISTOLAS

EPISTOLA I

*A Montano*

(Epístola escrita en abril de 1728)

Oh tú el mejor de todos mis amigos,  
que en medio de mil gustos y delicias  
el pueblo del placer y de las letras  
objetos de mis lágrimas habitas:  
tú, querido Montano, cuya falta  
la dura fuerza de mi mal duplica,  
de mi mal, que fomenta a un tiempo mismo  
una serie de causas infinitas:

tú que si alguna vez dichoso he sido,  
testigo fuiste de mis breves dichas,  
y como amigo sin doblez ni engaños  
en mi felicidad te complacías;  
ten compasión, te ruego, de quien solo  
el aire infecto del dolor respira,  
desde que de su centro le sacaron,  
y el triste suelo zamorano pisa.

Quién pudiera pensar, cuando en noviembre  
con tanta pena y desazón partía,  
y el deber me arrancó de entre los brazos  
de la casi olvidada *Loporiza*

que antes de haber pasado cinco meses  
tan duro y enojoso me sería  
volver al pueblo cuya ausencia entonces  
ahuyentó de mi rostro la sonrisa;

porque dejó a Zamora suspiraba  
el que al presente porque está suspira,  
mi esperanza, mi gozo era la vuelta,  
y ya es la vuelta mi mayor desdicha.

¡Oh, cómo a todas horas echo menos  
la dulce libertad, tu compañía,  
y la de otras personas, cuyo trato  
el mal humor rebate y dulcifica!

Nada me alegra en el lugar tedioso  
do se empezaron a contar tus días  
todo aumenta mi triste abatimiento,  
y hace que el peso del dolor me oprima;

aquí las calles yermas, solitarias  
que cual desnudo páramo se miran;  
y entre cuatro paredes encerrada  
yace esta gente lúgubre y esquiva.

No se percibe popular murmullo;  
solamente la fúnebre abubilla,  
desde el viejo morrión de Pedro Mato  
nos anuncia de mayo la venida.

*Valorio* do la alegre primavera  
sus hechiceras gracias multiplica,  
en vano serpentea y se engalana  
para atraer la gente a sus orillas:

nadie sino los tiernos jilgueritos  
goza del campo la simpar delicia:  
ni aquí temió jamás la humana planta  
la amapola vistosa y encendida.

¡Qué inútiles suspiros ¡ay! me cuesta  
el *Rollo*, do se ve todos los días  
en más de mil objetos diferentes  
el donaire y la gracia salmantina!

Pues con hartó y penoso sentimiento  
veo que el feliz tiempo se aproxima  
en que con un sinfín de diversiones  
se pasa en ésa la estación florida.

Todas las tardes infinitas gentes  
huellan la yerba, la muralla arriba,  
y en agradables juegos se recrean  
tomando el fresco al declinar el día.

Otros con algazara bulliciosa  
al *Zurguén* o al *Otea* se encaminan

.....  
con su frescura y su verdor convidan.

Entonces es cuando tranquilo el Tormes  
se goza ufano en sus hermosas hijas,  
que con suelta y airosa compostura  
la sal y el buen humor caracterizan.

Llega la noche y las calladas horas  
que sólo a sueño y a descanso incitan  
vanse ligeras entre alegres danzas  
que el juvenil ardor y el gusto avivan.

Así mil veces por las altas sierras  
las ve del nuevo sol la faz benigna,  
que el baile y el amor son las pasiones  
que juntas roban sus dichosos días.

Dichoso tú también, Montano mío,  
que de tantos placeres participas,  
y gozas que es lo más, tranquilamente,  
de los blandos halagos de una amiga.

Quiérela, y nunca dejes de quererla,  
pues ella es sola de tu afecto digna,  
tanto como eres digno del afecto  
que cuidadosamente te dedica.

Y ya que mi desgracia irresistible  
de todo gusto y todo bien me priva,  
tenga al menos la dulce complacencia  
de que te adora y es correspondida.

Sed felices los dos y tan felices  
que nada turbar pueda vuestra dicha,  
y cuanto me es adversa la fortuna  
tanto a vosotros muéstrese propicia.

Derrame en fin el cielo mil venturas  
sobre entrambos; mas ruégoos que algún día  
dediquéis un momento a la memoria  
del que un mes hace sin cesar suspira.

## EPISTOLA II

*A Pradina*

1803, Junio

Tu hechicera beldad y tus virtudes  
aprecio más, bien mío, que la varia  
brillante perspectiva de los puestos,  
honras y gozos con que el mundo halaga.

Sólo en tus brazos encontré la dicha;  
enlazado a tu cándida garganta  
de la felicidad hallé el resumen,  
y en divinos placeres me anegaba.

Tres veces de la hermosa primavera  
nuestros amores vio la faz rosada,  
y tres veces en plácida sonrisa  
de mirto y flores nuestra sien ornara;

mas la ausencia feroz, la ausencia impía  
te arrebató a mis ojos; ¡cuántas ansias,  
cuánto infortunio y eternal tormento  
hundió en mi corazón tu inútil marcha!

Solo, asombrado, cual el triste búho,  
que asusta con su grito las montañas,  
por las orillas del undoso Duero  
corrí, llorando mi desdicha aciaga.

Aquí y allí, confuso, extraviado  
con paso incierto y voz desentonada,  
de mi ciega pasión enloquecido,  
por mi Pradina al bosque preguntaba.

*Pradina*, tristemente respondía  
el eco sordo de las peñas altas;  
y *Pradina* también allá en el río  
iba sonando entre las turbias aguas.

Limpias ondas del Órbigo felice,  
que entre los olmos la mansión retrata,  
la fúnebre mansión que el dueño mío  
prefirió a mis caricias acendradas,

volved atrás; decidle cuántas veces  
visteis de Duero la corriente brava,  
con mis copiosas lágrimas envuelta,  
turbar la vuestra cristalina y mansa;

mientras Pradina con desdén injusto,  
en su grato retiro sosegada,  
sin más pensar en su infeliz amigo,  
las antiguas promesas olvidaba.

Mas ¡ay! que el tiempo de quejarme es ido,  
Ya llanto eterno y soledad me aguardan;  
pues, para más dolor, no le ha quedado  
ni un quimérico apoyo a mi esperanza.

Después que el orgulloso despotismo,  
o más bien tu tibieza y mi desgracia,  
la fúnebre barrera levantaron  
que a los dos para siempre nos separa,

los campos atroné con mis querellas,  
desesperado y loco; vomitaba  
injurias mil contra los hombres todos,  
cual furioso volcán que airado brama;

pero a esta furia impetuosa y ciega  
sucedió presto la terrible calma,  
en que mi corazón aletargado  
melancólicamente se anonada.

Ya ni reír ni lastimarme puedo;  
expira el ¡ay! cobarde en la garganta,  
y el dolor todo, en mi interior sumido  
con callado puñal le despedaza.

¡Cuanto tuve perdí! De tiempo en tiempo  
el bálsamo precioso de tus cartas,  
como en verano el húmedo rocío  
refresca las campiñas abrasadas,

con delicioso y celestial influjo  
la activa fuerza de mi mal templaba;  
mas hoy desconocida me abandonas,  
y ves mi padecer y no le calmas.

¡Ay! ¿Por qué tal rigor! ¿Es por ventura

delito amar? ¿Es crimen la constancia?  
Ya que están nuestros cuerpos divididos  
¿querrás que se dividan nuestras almas?

¿Han de olvidarse los ardientes votos,  
las firmes y dulcísimas palabras  
de un afecto sin fin, que a nuestro labio  
la fe sencilla y el amor dictaban?

No sé, no sé, Pradina, si esta idea,  
esta atroz desunión tu gusto halaga  
o si presumes que el deber austero  
te impele riguroso a procurarla;

pero entretanto que, a pesar del duro  
tormento que la abate y menoscaba,  
del sol hermoso la radiante lumbre  
mire, y fomente mi existencia amarga;

ora logre feliz ver tu semblante,  
mansión de la belleza y de las gracias,  
ora infelice, de tu vista lejos,  
me separen incógnitas distancias;

tuyo será mi corazón sincero,  
siempre abrasado en amorosa llama,  
y en él tu imagen y bondad sublime  
perpetuamente vivirán grabadas.

Y si acaso mi musa lastimera,  
que hoy sólo sabe bosquejar mis ansias,  
en lúgubres endechas algún día  
con más osado vuelo se levanta,

el nombre y la virtud de mi Pradina  
a extraños climas llevará la fama,  
y la historia fatal de mis amores  
vivirá eterna en las sensibles almas.

Entonces a los jóvenes amantes,  
sobre el dulce regazo de su amada,  
arrancará tal vez algún suspiro  
la triste relación de mis desgracias.

Bien que ya no serán tan insufribles  
si su recuerdo compasión te causa,

y una lágrima sola derramares  
al recorrer las líneas de esta carta.

### EPISTOLA III

Al Excmo. Sr. Conde de Haro, animándole al ejercicio y buen uso de la poesía

Aquí do vuelto a los maternos brazos  
vivo felice, y del tropel de afanes  
en que la corte bulliciosa hierva  
descansa el corazón; donde engañosos  
ni el oro corruptor pervierte al bueno,  
ni el falso brillo del poder deslumbra;  
plácida ¡oh Conde! a regalar mi oído  
llegó tu musa, y a sus tristes ayes  
con débil voz de fúnebre elegía  
responde Duero, y con doliente lloro  
desgreñadas sus ninfas le acompañan.  
Oyó de Antonio el nombre, oyó tus ecos,  
que suspirando el céfiro difunde,  
la selva, el prado, y por doquier unidos,  
los aires pueblan su loor y el tuyo.  
¡Virtud, santa virtud! Sañuda en vano  
su amarga hiel la envidia ponzoñosa  
lanza en tu daño, y la calumnia infame  
ruge y te acosa con feroz ladrido.

Tú de modestia y de candor armada,  
cual tras lóbrega nube más brillante  
derrama su fulgor el rey del día,  
tu faz ostentas, y los monstruos viles  
pálidos huyen y a tu luz se ocultan.  
¡Feliz aquél a quien seguirla es dado,  
y ensalzarla también! Su eterna antorcha  
mostró luciente en su natal Sofía,  
y risueñas las Musas le arrullaron.  
Tu cuna, dulce amigo, cariñosas  
mecer les plugo, y en el sacro fuego  
benignas inflamarte, cuya llama  
ni el tiempo ofusca, ni el poder consume,  
y al templo augusto de la gloria guía.  
Sigue su impulso. Tu acento puro,  
debido a la verdad, nunca profane  
la torpe adulación. Del que inflamado

de ardiente caridad se afana y suda  
por embotar las puntas aceradas  
de los abrojos ásperos que cubren  
la senda del vivir; del juez que, al oro  
la faz negando y al poder y al ruego,  
la balanza de Astrea igual mantiene;  
del que en tenaz vigilia desvelado  
ocultas fuentes del saber descubre;  
de la virtud, en Fin, do quier brillare,  
eterno galardón tu canto sea.

Mas no ceñuda y rígida presumas  
que el eco dulce del amor desdeñe  
la apacible virtud: ella a sus juegos,  
si la inocencia y el pudor los guían,  
benigna ríe, y plácida le halaga.  
¿Quién es el triste que a su impulso blando  
nunca cedió? ¿Qué mármol de una hermosa  
desconoció el poder? Canta a tu amada;  
canta sin miedo su gentil donaire,  
su tez de rosa y sus cabellos de oro.  
Que yo en tu canto armónico la vea  
batiendo el aire su cendal de nácar,  
triscar, cual ninfa, por la margen verde  
del regio Manzanares: de sus ojos  
tiemble la luz en las fugaces ondas,  
y las húmedas trenzas sacudiendo  
oigan su voz las náyades del río:  
o bien tus tiernos cánticos aplauda,  
y una sonrisa de su linda boca  
grata los pague, o tímida suspire.

No es un mal el amor. Otros agobian  
a la paciente humanidad: el fraude,  
la baja envidia, la impiedad horrible,  
el seco amor de sí, la fe violada,  
el tiránico orgullo, y la rabiosa  
sed de mando... ¡Oh dolor! ¿Tiemblas, amigo,  
tiemblas? ¿Será que el insolente ceño  
del vicio entronizado te intimide?  
¡Nunca! Levanta el brazo, el duro azote  
de la sangrienta sátira descarga,  
y abate la cerviz que alza impudente  
con desenfreno audaz. Que el mundo vea  
de la calumnia vil la oculta trama  
en que ley y verdad envueltas gimen;



descubre el dolo con que mina astuta  
pérfida seducción; arranca y huella  
la máscara al hipócrita; tu pluma  
rompa de un rasgo el reforzado cofre  
del ávido usurero, y el tesoro  
que el crimen hacinó patente brille.

No, empero, siempre mal y vicios veas,  
amado Conde, ni censor te ostentes  
acre, adusto, mordaz; ni la enojosa  
pasión de deprimir tu pecho agríe.  
Tal Fabio con frenética locura  
por negra lente el universo acecha:  
todo a sus ojos es inicuo; en todo  
voraz se ceba su canino diente;  
do quier de la maldad descubre el sello,  
y el gesto frunce, y vomitando hieles  
el mundo infama con gritar de arpía.

Haz bien, y canta el bien. Al hombre el cielo  
para el hombre crió: que no, cual clama  
torva misantropía, la inocencia,  
el honor, la piedad del orbe huyeron;  
ni solo habitan los oscuros claustros,  
las pajizas cabañas, o el humilde  
taller del menestral. Dígnanse a veces  
de honrar pintados techos, y entre el brillo  
del oro y de los mármoles se hospedan.

Mas ya te oigo decir: «¿Dó están, amigo,  
dónde? De la virtud la sombra veo:  
sí, la sombra, y no más». Cuando afanoso  
por la ancha Libia el infeliz viajante  
mares y mares de inflamada arena  
huella perdido y en sudor bañado,  
con vista inquieta y trémula, de horrible  
sed que le ahoga por templar la hoguera,  
mira angustiado el horizonte de oro  
pidiéndole un raudal; allá lejano  
le descubre a su ver; redobla ansioso  
el paso y el tesón; se afana el triste,  
y ve del agua la apariencia sola  
que al reflejo del sol le ofrece un mármol.  
¿Qué hará? ¡Infeliz! De su anhelar rendido  
junto a la roca aletargado cae,  
y frescos bosques y risueñas fuentes

le brinda el sueño plácido y le adula,  
y aquel momento en la ilusión se goza.

Él tu norma será. Si el mal te aqueja,  
sueña al menos el bien; que al dios del Pindo  
no plugo en vano electrizar tu frente  
con la chispa inmortal que endiosa al vate,  
feliz destello de su luz preclara.  
Si la fría razón de pies de plomo  
entre escollos de error al hombre guía  
con certero compás, tú sola sabes,  
osada fantasía, mundos nuevos  
darle, y a su pesar impetuosa,  
como torrente que feroz bramando  
rocas y troncos y cabañas lleva,  
de la alta cumbre de Apenino al centro  
del mar y al carro de Flegón ardiente  
llevarle a tu placer. Del grande Homero  
¿quién resiste a la voz? Con él recorro  
los campos de Dardania; entre la nube  
de polvo denso los caballos sigo  
del implacable Aquiles, y al soberbio  
Airón del casco que agitado ondea  
tiemblo azorado y pálido; suspiro  
con la mísera Andrómaca, y escucho  
los estallantes látigos, el sordo  
batallar de los héroes, el doliente  
murmullo de Escamandro... ¿Y dónde, dónde,  
soberano cantor, la magia hallaste  
que me arrebatara así? ¿Quién los colores,  
Milton sublime, y las etéreas luces,  
con que el Arcángel esplendente brilla,  
dio a tu pincel? ¿Cuál fuerza a los cerrojos  
del malogrado Edén el diamantino  
sello alzó para ti? Tú sola sabes,  
fantasía feliz, mil mundos nuevos  
al hombre dar y engrandecer su mente.

Suelta, no temas, las brillantes alas  
a tu imaginación, y nuevos orbes  
de ventura y bondad fecunda cree,  
donde el amable joven, que el impuro  
soplo no encalleció del vicio infame,  
al amor de la paz y las virtudes  
abra su corazón. Que allí no vea  
del odioso interés, que al hombre aísla,

la ávida faz, ni el oropel del lujo  
como al indio salvaje le fascine,  
ni de ambición frenética arrastrado  
a fuer de hiena por los campos corra  
de humana sangre y destrucción sediento.  
¡Oh loca ceguedad! ¿Quién contra el hombre  
al hombre encarnizó?... Perdón, amigo,  
perdón si en santa cólera me inflamo  
contra ese azote carnicero, horrible  
de la inocente humanidad. La patria  
armó tu diestra del tajante acero  
de tus progenitores, y a sus filos  
su defensa, su honor, su gloria fía;  
mas no te ofenda que el furor deteste  
de la guerra insaciable. En sangre tintos,  
en sangre fraternal los lauros veo  
del tigre macedón: de sus victorias  
no el himno infausto a mis oídos llega.  
¿Y cómo ha de llegar? ¿Cómo, si en ellos  
resuena el grito de cien mil familias  
que en la orfandad o el cautiverio gimen?

¿Y tú le cantarás? Si acaso un tiempo  
la belicosa trompa al labio aplicas,  
solo para inflamar los pueblos suene  
en santa indignación, si un nuevo Gengis  
en su ambición insana más terrible  
que en su cólera el mar cuando furioso  
naves y chozas y naciones traga,  
a tu patria dirige el cetro duro  
con que hoy amaga audaz de los Triones  
el remoto país; mas no con sangre  
en guerra injusta y bárbara vertida  
las cuerdas de tu cítara salpiques,  
ni el triste objeto de tu canto sean  
luto y dolor, asolación y estragos.  
Canta la dulce paz; canta a sus hijas  
las artes bienhechoras, la abundancia  
que ante su carro placentera ríe  
su copia rica prodigando en torno,  
la industria activa, y el comercio, y cuantas  
ciencias y nobles máximas conducen  
a suavizar el belicoso germen  
que hoy despuebla los campos, convirtiendo  
la culta Europa en horda de caribes.

### EPISTOLA III

Epístola dirigida al E. S. Conde de Haro animándole al ejercicio y buen uso de la poesía  
1807

Aquí do en calma y soledad dichosa  
contento vivo y del afán y orgullo  
en que las Cortes bulliciosas hierven  
descansa el corazón; donde atrevido  
ni el vicio corruptor desdeña al bueno  
ni el falso brillo del poder deslumbra;  
plácida, oh Conde, a regalar mi oído  
llegó tu Musa, y a sus tiernos ayes  
con débil voz de fúnebre elegía  
responde Duero, y con doliente lloro  
sus desgreñadas Ninfas le acompañan.  
Oyó de Antonio el nombre, oyó tus ecos,  
que suspirando el céfiro difunde,  
la selva, el prado; y por do quier unidos  
los aires pueblan su loor y el tuyo.

¡Virtud, santa virtud! Sañuda en vano  
su amarga hiel la Envidia ponzoñosa,  
lanza en tu daño, y la Calumnia infame  
ruge, y te acosa con feroz ladrido.  
Tú de modestia y de candor armada,  
cual tras lóbrega nube más brillante  
derrama su fulgor el rey del día,  
pura te ostentas, y los monstruos viles  
pálidos huyen, y a tu luz se ocultan.

¡Feliz aquél a quien seguirla es dado,  
y ensalzarla también! Su eterna antorcha  
mostró luciente en su natal Sofía,  
y las risueñas Musas le arrullaron.  
Tu cuna, dulce amigo, cariñosas  
mecer les plugo, y en el sacro fuego  
benignas inflamarte, cuya llama  
ni el tiempo ofusca, ni el poder consume,  
y al templo augusto de la gloria guía.  
Sigue su impulso fiel. Tu blanda lira  
presta a la voz del bien cante oficiosa  
loores del mortal que en ansia ardiendo

de la dicha común se afana y suda  
por embotar las puntas aceradas  
de los abrojos ásperos que cubren  
la senda del vivir. Del juez que al oro  
su faz negando y al soborno infame  
la balanza de Astrea igual mantiene;  
del que en tenaz vigilia desvelado  
ocultas fuentes del saber descubre;  
de la virtud en fin do quier brillare,  
eterno galardón tu canto sea.

Mas no ceñuda y rígida presumas  
que el eco dulce del Amor desdeñe  
la apacible virtud. Ella a sus juegos  
benigna ríe y plácida le halaga.  
¿Quién es el triste que a su blando impulso  
nunca cedió? ¿Qué mármol de un hermosa  
desconoció el poder? Canta a tu amada:  
canta sin miedo su gentil donaire,  
su tez de rosa y sus cabellos de oro.  
Que yo en tu verso armónico la vea  
batiendo el aire su cendal de nácar  
correr, cual Ninfa, por la margen verde  
del regío Manzanares. De sus ojos  
tiemble la luz en las fugaces ondas,  
y sacudiendo sus mojadas trenzas  
oigan su voz las Náyades del río.  
O bien tus tiernos cánticos escuche,  
y una sonrisa de su linda boca  
grata los pague y tímida suspire.

No es un mal el amor. Otros agobian  
a la doliente humanidad. El fraude,  
la baja envidia, la ambición de honores,  
el tiránico orgullo, y la rabiosa  
sed de sangre... ¡Oh dolor! ¿Tiemblas, amigo?  
¿Tiemblas? ¿Será que el insolente ceño  
del vicio entronizado te intimide?  
¡Nunca! Levanta el brazo: el duro azote  
de acibarada sátira descarga,  
y abate la cerviz que alzara impune  
con audacia soez. Del mal letrado  
a plaza saca la infernal madeja  
en que ley y verdad envueltas gimen:  
castiga el dolo con que mina astuta  
pérfida seducción: arranca y huella

la máscara al hipócrita. Tu pluma  
rompa de un rasgo el reforzado cofre  
del ávido usurero, y el tesoro  
que el crimen hacinó patente brille.

No, empero, siempre mal y vicios veas,  
amado Conde, ni en censor te erijas  
acre, adusto, mordaz; ni la enojosa  
pasión de deprimir tu pecho agríe.  
Tal Celio con frenética manía  
por negra lente el universo acecha:  
todo a sus ojos es inicuo: en todo  
voraz se ceba su canino diente:  
do quier de la maldad descubre el sello;  
y el gesto frunce, y vomitando hieles  
el mundo atruena con gritar de arpía.

Haz bien y canta el bien: Natura al hombre  
para el hombre crió. No como clama  
torva misantropía la inocencia,  
el honor, la piedad del orbe huyeron.  
Corre a buscarlas a las pobres chozas,  
a los tranquilos campos, al humilde  
taller del menestral. Bondad, ternura,  
filial respeto, conyugal cariño,  
ardiente caridad, temor sagrado,  
y mil y mil ejemplos por do quiera  
ledo hallarás en que feliz descanses  
de la plaga de vicios que te acosa.

Mas ya te oigo decir: ¿Dó están, amigo?  
«¿Dónde? De la virtud la sombra veo:  
sí: la sombra y no más». Cuando afanoso  
por la ancha Libia el infeliz viajero  
mares y mares de inflamada arena  
huella anhelante y en sudor bañado,  
con vista inquieta y trémula, de horrible  
sed que le ahoga, por templar la hoguera,  
fija angustiado al horizonte de oro  
pidiéndole un raudal. Allá lejano  
le descubre por fin; redobla ansioso  
el paso y el tesón; se agita el triste;  
y en vez del agua, que engañó sus ojos  
le ciega el brillo de caliente mármol.  
¿Qué hará? ¡Infeliz! De tanto afán rendido  
se duerme al pie de la falaz cantera,

y frescos bosques, y risueñas fuentes  
le ofrece el sueño plácido y le adula,  
y aquel momento en la ilusión goza.

Él tu norma será. Si el mal te aqueja  
sueña al menos el bien: que al dios del Pindo  
no plugo en vano electrizar tu frente  
con la chispa inmortal que endiosa al vate,  
feliz destello de su luz divina.  
Si la fría razón de pies de plomo  
entre escollos de error al hombre guía  
con certero compás, tú sola sabes  
fantasía atrevida, mundos nuevos  
darle, y a su pesar impetuosa,  
como torrente que feroz bramando  
rocas y troncos y cabañas lleva,  
del alta cumbre de Apenino, al centro  
del mar y al carro de Flegón ardiente  
llevarle a tu placer. Al grande Homero  
¿qué pudo resistir? Con él recorro  
los campos de filón, y entre la nube  
de denso polvo los cabellos sigo  
del implacable Aquiles, y al soberbio  
Airón del casco que incesante ondea  
tiemblo azorado y pálido: suspiro  
con la mísera Andrómaca, y escucho  
los estallantes látigos; el sordo  
batallar de los héroes; el doliente  
murmullo de Escamandro... ¿Y dónde, dónde  
soberano cantor, la magia hallaste  
que me arrebatara así? ¿Quién los colores,  
Milton sublime, y las etéreas luces,  
con que el Arcángel esplendente brilla,  
dio a tu pincel? ¿Cuál fuerza a los cerrojos  
del malogrado Edén el diamantino  
sello alzó para ti?... Tú sola sabes,  
fantasía feliz, mil mundos nuevos  
al hombre dar, y engrandecer su mente.  
Suelta, no temas, las brillantes alas  
a tu imaginación, y que otros orbes  
de ventura y bondad fecunda cree,  
donde el amable joven, que el impuro  
soplo no encalleció de las maldades,  
al amor de la paz y las virtudes  
abra su corazón. Que allí no vea  
del odioso interés, que al hombre aísla,

la ávida faz; ni el oropel del lujo,  
como a cándido isleño le fascine,  
ni de ambición frenética arrastrado,  
a fuer de hiena por los campos corra  
de humana sangre y destrucción sediento.  
¡Oh ceguera infernal! ¿Quién contra el hombre  
al hombre encarnizó? Perdón, amigo,  
perdón, si en santa cólera me inflamo  
contra ese azote carnicero, horrible,  
de la inocente humanidad. La patria  
armó tu diestra del tajante acero  
de tus progenitores, y en sus filos  
su defensa, su honor, su gloria fía;  
mas no te ofenda que el furor deteste  
de la guerra insaciable. En sangre tintos,  
en sangre fraternal los lauros veo  
del tigre macedón. De sus victorias  
no el himno augusto a mis oídos llega.  
Y ¿cómo ha de llegar? ¿Cómo, si en ellos  
retumba el grito de cien mil familias  
que en la orfandad y en la miseria lloran?  
¿Y tú le cantarás?.....

.....  
solo para inflamar los pueblos suene  
en santa indignación, si un Gengis nuevo  
en su ambición insana más terrible,  
que en su cólera el mar cuando furioso  
naves, y gentes y naciones traga,  
a tu patria volviere el cetro duro  
con que hora oprime audaz de los Triones  
el remoto país. Mas nunca en sangre,  
en guerra injusta y bárbara vertida  
las flores de tu cítara salpiques,  
ni el triste objeto de tu canto sea  
luto y dolor, asolación y muerte.

Canta la dulce paz; canta a sus hijas  
las artes bienhechoras: la abundancia  
que ante su carro placentera ríe  
su copia rica pródiga vertiendo:  
el activo comercio ledo y libre  
de las cadenas que a su cuello echara  
la fatal desunión; y en pos la industria  
sus caros hijos abrazando tierna  
que de Belona el látigo sangriento  
de su lado arrancó. Que así más timbres



tus versos te darán, que en doble escudo  
de tu palacio el pórtico sustenta,  
y ceñida la sien de lauro y rosas  
mientras el astro de la luz brillare  
del sacro monte habitarás la cumbre.

#### EPISTOLA IV

*A doña Carmen Argote*

Señora Carmen Argote,  
vuestra epístola estimada  
os deja purificada  
desde la planta al cogote.  
Mas para que nadie note  
que en esta u otra ocasión  
pudiera yo sin razón  
censurar a quien venero,  
también sincerarme quiero  
de una falsa imputación.

Todo este cuento se funda  
en haberme yo informado  
si de vuestro esposo al lado  
sufrís la santa coyunda.  
Sin duda intención segunda  
tuvo el que el chisme os llevó,  
pues no os ofendiera yo  
con cosa que así os aflige:  
como pregunta lo dije,  
pero como cargo no.

La vejez o el desaliño  
que de mí esconderos hace,  
ni a mi razón satisface  
ni tampoco a mi cariño,  
¿pensáis que me han vuelto niño  
los tres lustros de intermedio?  
Temed más bien que os dé tedio  
mi maltratada persona,  
que si estáis vos cotorrón  
yo estoy cotorrón y medio.

Mas si receláis, señora,

que el diablo saque la pata  
sin que borre lo beata  
resabios de pecadora,  
yo os afirmo desde ahora  
que aunque el fomes natural  
de la culpa original  
tiene sugerencias raras,  
podremos vernos las caras  
sin ruina espiritual.

De ese favor que en Sevilla  
suponen, no hablemos nada;  
que es cosa para tratada  
despacio de silla a silla;  
mas con la fe de Castilla  
terminantemente os digo,  
que si por dicha consigo  
que alguna vez me ocupéis,  
en mí siempre encontraréis  
un buen servidor y amigo.

## EPISTOLA V

*Contestación a unos tercetos improvisados por varios amigos*

Roca, Vega, Bretón, Díaz, Romea,  
recibí vuestro métrico billete  
de prisa escrito en reunión pimplea,

donde a favor del dulce pajarete  
y al retintín de la espumante copa  
hilvanabais tercetos siete a siete.

¡Triste de aquél que condenado a sopa  
seráfica y al néctar de las fuentes,  
puede solo sentir fuego de estopa!

Tuve en verdad estímulos vehementes  
de acrecentar la alegre compañía;  
mas la lluvia sin fin cayó a torrentes,

y fuerza fue del natalicio día,  
entre memorias tristes y confusas  
pasar solo la tarde oscura y fría.

Más inflaman las mesas que las Musas,  
aun cuando, al escribir, trémula mano  
trace en lugar de letras semifusas;

y no sé que tuviese el juicio sano  
el que fingió disuelta en agua pura  
la inspiración de Apolo soberano.

Sube un pobrete, echando la asadura,  
el Pindo arriba, ansioso de entusiasmo,  
sudando el kilo por ganar la altura;

¿y no será rechifla y aun sarcasmo  
que el dios le ofrezca un vaso de Hipocrene  
que le corte el sudor y le dé un pasmo?

Mejor quizá con la razón se aviene  
de aquella chusma el delirar eterno  
que con brujas y espectros se entretiene.

Y atormentada de furor interno,  
desdeñando el favor del sacro monte,  
su aciaga inspiración pide al infierno.

Mas yo me atengo al padre Anacreonte,  
viejo tuno y maulón, que lo entendía  
más que el cantor de Gama o Rodamonte,

y con brindis de Chipre y Malvasía,  
de las muchachas jónicas cercado,  
calentaba su dulce poesía.

Tendido sobre el césped de un collado  
la cana sien de pámpanos corona  
con la botella o el porrón al lado.

Allí sus cantos báquicos entona,  
a que, cual moscas a la miel, acude  
de las ninfas la turba juguetona:

a la que el beso o el pellizco elude,  
y sorda a los halagos de su musa  
de sus traviosos brazos se sacude,

deponiendo el rabel, o cornamusa,

toma el porrón el viejo marrullero  
y con un par de sorbos la engatusa.

De tan sabia opinión os considero:  
seguid del Teyo Anacreón las huellas  
en prez y gloria del Parnaso ibero.

Y aunque no os acaloren ninfas bellas  
(más castos, sí bien jóvenes, que el viejo),  
tomad el plectro y destripad botellas;

que al dulce influjo del licor añejo  
correrán vuestros versos, como ríos,  
sembrados de agudezas y gracejo.

En tanto yo, sin juventud, sin bríos,  
¿qué gracias ¡pesia tal! queréis que siembre  
en estos metros lánguidos y fríos,

si a más del cierzo que corrió en septiembre,  
contra mi buen humor veis conjurados  
el hielo de mi edad y el de diciembre?

Sólo a vosotros, jóvenes amados,  
esperanza y honor de las Españas,  
de Cintio y de Lioo acariciados,

os toca difundir por las extrañas  
el nombre de la patria, que os admira,  
mientras envuelta en polvo y telarañas  
descansa en un rincón mi pobre lira.

## EPISTOLA VI

*A don Juan Prim, Conde de Reus*

Ya dicen estos señores  
que el turno me toca a mí,  
señor don Juan, y allá voy,  
aunque no sé qué decir.  
Que eres valiente, se sabe  
del Ebro al Guadalquivir,  
y antes de poco tu nombre  
resonará hasta en Pekín.

Despacha pronto, y asoma  
por las puertas de Madrid,  
donde te esperan manolas  
con pandero y tamboril.  
Viéronte un tiempo asustadas  
creyendo que el bravo Prim  
era un catalán gigante,  
de bigote tunecí,  
hosco, negro, cejijunto,  
con patillotas de crin,  
pelos tiesos y erizados,  
cual cerdas de jabalí.  
Mil aspavientos hicieron  
al mirar que no era así,  
sino un joven agraciado,  
con gesto de serafín,  
menos parecido a Marte  
que a Narciso o Adonís.  
Su miedo se cambió entonces  
en gracioso sonreír,  
y sus vítores y vivas  
rayaron en frenesí.  
Vuelve pronto y las verás  
despojar nardo y jazmín,  
y a falta de otras coronas  
las harán de *perejil*.

## EPISTOLA VII

Epístola de Lady M\*\*\* a Lord N\*\*\* que la motejaba de insensible  
Traducción

La indiferencia fría  
que tu festivo genio  
me imputa, y la atribuyes  
a un corazón de hielo,

no, Milord, no procede  
de orgánico defecto,  
de femenil empacho  
ni escrúpulo molesto.

Bien sé que amar es propio  
de los humanos pechos,

y el mayo de la vida  
fugaz y pasajero;

que a veces por mis venas  
corre la sangre hirviendo,  
y en dulces ilusiones  
enajenar me siento.

Mas aunque al blando yugo  
tendiera alegre el cuello,  
a los amantes todos  
los odio y los desprecio.

Las artes abomino,  
los falsos juramentos  
y halagos con que triunfan  
de nuestro flaco esfuerzo.

Detesto sus engaños,  
y en fin trocar no quiero  
instantes de delirio  
por siglos de tormento.

Mas ¡ay! si aquel amante  
que en deliciosos sueños  
a mi agitada mente  
presenta mi deseo,

viese a mis pies rendido,  
¡cuán presto ¡oh Dios! cuán presto  
vieras de mi cordura  
venir la torre al suelo!

Un hombre en quien brillando  
plácido y vivo ingenio  
a un natural dichoso  
preste realces bellos;

que de falacias libre,  
de vanidad ajeno,  
el puro don me ofrezca  
de un corazón sincero:

que, hasta en amar prudente,  
haga su triunfo eterno  
huyendo cuidadoso

ridículos extremos.

Festivo con decoro,  
sin aspereza serio,  
con las demás amable,  
conmigo sola tierno:

que en público ocultando  
las ansias de su pecho,  
sus ímpetus refrenen  
los grillos del respeto.

Bastará que furtivos  
en oportuno encuentro,  
sus ojos me retraten  
su corazón entero.

Mas cuando sin testigos  
en escondido encierro  
protejan nuestra llama  
las alas del misterio,

con expresivo labio  
repítame *te quiero*;  
repítalo diez veces  
y escucharalo ciento.

Entonces atrevido  
sin sombra de recelo  
a su pasión se entregue,  
dé rienda a sus deseos.

Reconvención ni queja  
no tema por su exceso,  
que amor cuando delira  
dora sus propios yertos.

Que nuestra fe asegure  
contra el poder del tiempo  
siendo mi fiel amigo,  
mi guía y mi consejo:

que adquieran con su trato  
de mil encantos lleno  
elevación mi mente,  
nobleza mis afectos:

que en él depositados  
del alma los secretos,  
redoble mis placeres  
suavice mis tormentos.

Depáreme el destino  
tan anhelado objeto,  
si tal por mi ventura  
quiso criarle el cielo;

verasme cómo ansiosa  
amor y fe le ofrezco  
impávida a los gritos  
del vulgo vocinglero;

y alegre hasta en las chozas  
de solitario yermo,  
será, mientras respire,  
mi Dios y mi universo.

Mas ya que el bien soñado  
de mi ilusión no encuentro,  
¿qué valen atractivos  
ni gracias ni embelesos?

Así su indiferencia  
conservará mi pecho  
sin que un suspiro solo  
perturbe su sosiego.

Déjame pues que mire  
con risa o menosprecio  
de insípidos amantes  
el importuno cerco.

Me cansan sus protestas,  
sus frívolos esfuerzos,  
y tedio al fin me inspira  
el humo de su incienso.

Otras habrá que acepten  
su formulario obsequio,  
y débiles o vanas  
se inflamen en su fuego.



La frágil caña dobla  
del céfiro el aliento,  
mas la robusta encina  
burla su loco empeño.

FIN